

EL DUENDE

DE ANTAÑO.



Aburrido por las impertinencias de mi antagonista el brujo, me fuí á la Campaña á meterme de hocicos entre los imperiales; allí he estado bastante regalado y estimado de todos los duendes, aunque siempre haciendo travesuras y oliendo hasta el dia de hoy, que me acordé que era duende pueblero.

Como desde el principio de las convulsiones políticas del Brasil conocí que el baron de la Laguna trataba de envolver á la provincia de Montevideo en el caos del novel imperio, resolví á todo trance decidirme en favor de la provincia, y descubrir la negra tela que iban urdiendo nuestros jacobinos ó cisplatinos: al efecto, inspiré al *Pacífico oriental* aquellas palabritas, *Orientales!!! Orientales!!!* (que han causado su muerte en un remoto país). Entonces fué, que, por la primera vez, se aterraron los lagunistas, temiendo que abortasen sus planes. El Consejo militar, bastante prevenido para dejarse fascinar por un traidor á su rei, á su nacion y á su propio decoro, supo oponer con energía un baluarte inespugnable á las aspiraciones del baron de la Laguna, indicó á la provincia, con su conducta firme, la ruta que debía seguir en tan críticos momentos, pero todo fué en vano: parece que la provincia, adormecida con los males de su pasada anarquía, miraba ya con indiferencia el porvenir que se le preparaba: entonces fué, que por la

primera vez, me presenté al público á correr el velo misterioso que ocultaba los arcános del club lagunino: cual fué la sorpresa de unos y la admiracion de otros: aquí rebuzna uno, allí relincha el otro, acullá se queja esotro desde la cama; se ensangrentan las plumas, no parecía sino que en los primeros momentos que había verdadera libertad de imprenta trataban de desacreditarla, haciéndola odiosa á todos respectos: ni yo me escapé de la tormenta; pues, por mal de mis pecados, un maldito brujo dió en perseguirme tanto, que aburrido iba á resolver mi partida para otro lugar, donde pudiese á mis anchuras egercer mi oficio de duende, cuando hé aquí que se presenta un grave personage, (*EL CONCILIADOR*): habla á todos con moderacion, reprende sus errores, y les propone tres cuestiones. Al éco imponente de éste, me detengo á ver los resultados de mi travesura, y observo con placer, que los primeros que dan con la tecla son los mocitos de tienda, y en dos por tres resuelven las tres cuestiones del *Conciliador*. ¡Qué maravilla! ó ¡y lo que podemos los duendes! ¡correr el velo! ¡quitar la máscara! Desde aquel entonces comenzó el pueblo de Montevideo á velar sobre sus verdaderos intereses, á prevenir los riesgos, y los editores por otra parte á formar con sus escritos la opinion pública.

Entretanto, los brujos me pellizcaban por todas partes, hasta dejarme sin tino para olfatear, y como por fortuna no había quien dejase de conocer sus verdaderos intereses, y la necesidad de unirse españoles y americanos, consideré que mi estada en este lugar era innecesaria.

Determiné pues, partir á la Campaña, encargando antes al duende cuentero, al duende de dia, y al duende de todas horas, estuviesen alerta por si los lagunistas, cisplatinos ó jacobinos querían

minar el edificio de la libertad, se lo previniesen al público. Si cumplieron bien ó mal este encargo, yo no lo sé; lo que sí me acuerdo mucho es, que me encasqueté el sombrero, me puse los anteojos y antenarices, é inmediatamente puse los pies en polvorosa.

Llegando estaba ya al Cerrito, cuando me vino un flujo de risa al recordar mis travesuras. Ea duende, el mas aficionado de los duendes, (me decía á mi mismo) ya has logrado frustrar todos los planes del club lagunino; los españoles y americanos están todos á una; el Cabildo está sancionando una acta, que immortalizará á los capitulares del año veintidos, el espíritu público se propaga cual fuego eléctrico; ¿qué es lo que quieres ahora? ¡qué!..... ir á acompañar á *tio bigotes*, meter mi narices hasta las suyas, oler y olfatear cuanto hagan y digan los de su lógia en las tinieblas de la noche; pues manos á la obra dige, y, en dos instantes, fuí á alojarme en la misma mismísima habitacion de S. E. ¡Hai! ¡qué de cosas he visto y oido en aquel retrete! La injusticia, el crimen, la impudencia y la ambicion éran las compañeras inseparables de la *trinidad eisplatina*; el temor, la desconfianza, el oprobio y los remordimientos tambien tenían su lugar al lado de ella.

Pasaré por alto todo lo ocurrido en el transcurso de once meses, y solo referiré una anécdota, que, aunque no tiene coneccion con mi objeto, descubre mucho el alma de un criminal que oprime la inocencia.

Habiendo caído, por desgracia, preso el capitán Basconcelos, fué conducido á presencia del baron de la Laguna; éste le dice, afectando enjereza—hé bien, camarada, (*torciéndose los bigotes*) cayó en mis manos el oficial revolucionario, ahora pagará sus crímenes.—Si son crímenes el ser fiel

al Rei, á la Constitucion y á la Nacion portuguesa, con ellos quiero descender al sepulcro, y, entretanto, no cambiaré mi suerte con su felicidad efímera y aparente—Así habla á presencia de su general! no tiembla!—(y el baron temblaba)—nunca el inocente se arredró ante el traidor. V. E. es quien debe temblar; heche las vista sobre esos monumentos (*las veneras*) de su pasada gloria, con que el Soberano honró á los valientes lusitanos; ellos son otros tantos testigos de sus crímenes.—Ea, (*enojado*) llevad á ese maroto á un calabozo dijo, y entró en su gabinete dándose diente con diente, las piernas le temblaban, que me pareció iba haciendo cabriolas: habló algunas palabras para sí sólo, y, queriendo escucharlas, metí tanto las narices, (porque los duendes oímos con las narices) que al retirarme le toqué de lleno en los bigotes; se asustó de manera que determinó quitárselos.

No pasaré en silencio el terror pánico que se apoderó de nuestro héroe cisplatino cuando la intimacion hecha por el señor Mansilla; ni menos el disgusto que recibió á la llegada de los pliegos dirigidos por el señor Lopez: fué tanta la afliccion, tanto el miedo, que dió orden secreta á sus satélites de reunir para aquella noche el club.

En efecto, era la media noche; el silencio reinaba por todas partes; no se oían sino ronquidos, cuando comenzaron á escurrirse nuestros caballeros cisplatinos, uno tras otro, sin ser vistos sino por el mas aficionado de los duendes; en la antecámara se desnudan todos, luego entran á ocupar sus respectivos asientos: ¡qué graciosa perspectiva! en el medio estaban sentados el baron, á la derecha el síndico omnipotente, y á la izquierda Herrera el bueno; los demas ocupaban sus puestos segun el orden de antigüedad. El baron, descalzo de pie y pierna, en mangas de camisa, un

corsé de ballena le sostenía el peso de los años; el síndico de igual manera; una gran faja le sostenía la barriga. ¡Qué contraste tan bello hacía la hosamenta del uno al lado de los jamones del otro.

Herrera se perdía de vista; tenía una cadena de hierro en la mano, y en la otra aquel cuerito de zorra con que tapó un compadre caritativo las uñas del finado Perendengues. Sobre la mesa estaba el mapa de la Banda oriental.

Tomó la palabra el baron y dijo:

B.—Hermanos cisplatinos, imperiales, caballeros del lazo verde, del orden del cruceiro; ¿cuál es nuestro oficio?

H.—Uncir con esta cadena al carro imperial esos pueblos rebeldes, (*mirando el mapa*) que no han querido obedecer al amo que les presentámos.

B.—¿Cuál es nuestro objeto?

H.—Hacer nuestra fortuna, la de nuestros hijos, fundar una nobleza cisplatina, arruinar las fortunas de todos nuestros enemigos, y ocultar por último nuestros crímenes con este cuerito.

B.—¿De que medios debemos valernos para obtener el fin?

H.—Engañar al emperador, como hasta aquí lo hemos engañado, hacerle tragar que la Banda oriental lo quiere, que, unánimemente y de su libre y espontánea voluntad, se ha puesto bajo su proteccion: desacreditar al Cabildo de Montevideo: esparcir libelos, inventar noticias, dividir los españoles de los americanos.....

Síndico.—¡Há, que eso no lo hemos conseguido! ¡perdimos el mejor medio que conducía á nuestra felicidad! ¡Ó marquesado, nobleza, títulos, talvez, á la falta de éste medio, deberéis el quedaros en verde!

B.—No se interrumpa con tan triste memoria

el objeto de nuestra reunion. Aquí se trata de formar un plan capaz de servir de dique al torrente que nos vá á arrebatár. Hoi he recibido oficio del general Lopez, en el que me anuncia, que viene sobre nosotros, que elija en la alternativa de desocupar la Banda oriental por fuerza ó de grado. El gobernador Mansilla ya tiene sus columnas en movimiento. Laballeja con otra columna nos amenaza por un flanco: los voluntarios reales por el frente nos tienen en continuo sobresalto: las noticias de la Bahía están enteramente desmentidas: unos malditos *Amigos del pueblo* de Montevideo las han desvanecido con sus reflexiones: el numerario nos falta, y su consecuencia será faltarnos el soldado.

En tan críticos momentos, necesito de vuestro parecer, de vuestras astucias y fingimientos.

H.—Ya no cabe fingir noticias, porque no nos han de creer. Tres veces hemos sido desmentidos en nuestras barbas; lo que importa es dar un golpe de mano, primero á Lopez, y luego volveremos sobre la plaza.

B.—Ora *meu amigo*, bien se conoce que V. nació para figurar sobre el bufete y no en la campaña: ¿no advierte V. que nuestra retirada de la línea para cargar sobre Lopez sería la rescña de nuestra derrota? Cargarían sobre nosotros los voluntarios reales y milicias de la plaza: la Campaña en el momento alzaría el grito, y seríamos batidos en todas direcciones: no amigos, (*mirándolos á todos*) hemos de ser sepultados bajo las ruinas del edificio de nuestra ambicion, que ya siento desplomarse; lo único que nos puede salvar es un poco de entereza y alguna intriga.

Frutos.—Que intriga, ni intriga, pidámos al emperador que mande una escuadra.....

Duran.—(*Al oido*) calla jumento; vos y yo no debemos hablar.

Frutos.—(*Tambien al oido*) ni tu debes empuñar el baston , sino la ca..

Hablaron de manera ámbos que lo notó el síndico omnipotente; pero disimulando, volvió al asunto y tomó la palabra.

S.—Cuando advierto la palidez de vuestros semblantes , la diversidad de pareceres y el ningun refugio que nos queda , no puedo menos que acompañaros en vuestro dolor , y poneros á la vista que el peligro es mayor de lo que pensamos , los recursos ningunos , el disgusto de nuestros soldados mucho , nuestro descrédito muchísimo : ¿ para que aparentar serenidad en público , cuando ya es inútil? lo contrario es mas conveniente en mi concepto. Preséntese toda nuestra fuerza en Casavalle ; háganse preparativos para dar un ataque ; prepárense nuestros equipages para trasportarlos á Maldonado en caso de ser derrotados ; no se olvide el tener en aquel puerto algunos buques para nuestra huida : ¡ pero que ruido es el que oigo!..... ¡ ha ! son las imprecaciones , las maldiciones de tantas víctimas que hemos sacrificado á nuestra ambicion , de tantos incautos que hemos comprometido ; se mezclan tambien los alaridos de huérfanos y viudas á quienes hemos desnudado para saciar nuestra codicia.

H.—Señor marques de campo *en verde* basta : no se atormente á estos caballeros con tan funesto pero virídico retrato de nuestra situacion , pues muchos de ellos no tienen la entereza que nosotros ; aun no han dado sino los primeros pasos en la carrera del crimen.

Frutos.—(*Llorando*) ¡ qué harémos hermanos ! ¿ es posible señor síndico que así hayamos errado ?

Duran.—(*Entre dientes y llorando*) ¡ ha ! bien me estaba yo en Montevideo , quien me metió á obedecer las órdenes del baron , despues que ya lo de-

claré traidor el Consejo militar por la desercion de las banderas de su Magestad fidelísima: mi asesor tiene la culpa, que no supo aconsejarme...

B.—*Ora meus amigos*, ustedes no tienen un poco de flema; ¿á qué viene el llorar y el entristecerse, cuando nos queda un gran recurso?

H.— ¡Cuál es! ¡ cuál es!

B.—¿No es omnipotente el síndico?

H.— Quien lo duda.

B.—Pues que evoque de los infiernos el alma del finado dr. Perendengues, que no dudo, que compadecido de sus hermanos, nos ayudará con el empeño que siempre.

H.— ¡ Bravo! ¡ eceselente! manos á la obra, señor síndico.

S.—Perendengues no está en el infierno: de allá fué escludo, y anda entre nosotros; pero para presentarlo á comparecer aquí en cuerpo y alma es necesario que os revistais de valor, y asi soi de parecer que nos dispongamos para mañana á esta misma hora; yo prometo que Perendengues será evocado aunque esté en el último ángulo de la tierra. Dijo, y con esto se concluyó la ceremonia, cada cual se retiró á su casa, teniendo cuidado de vestir, y limpiarse las lágrimas antes de salir.

NOCHE SEGUNDA.

Pasé las veinticuatro horas con la mayor ansiedad, cada minuto me parecía un siglo: tal era el deseo que tenía de ver un personage tan importante del otro mundo, en quien fincaban las.....

Se continuará.

MONTEVIDEO: AÑO 1823.

Imprenta de los Ayllones y compañía.